

La lección de Hernestino

Sofía era una rana muy trabajadora, tenía su hogar, al que ella llamaba "su mundo chiquito". El mundo de Sofía estaba formado por una hermosa casita, plantas y flores, el aire que respiraba, los pajaritos que la alegraban con su canto y el sol que la iluminaba.

La ranita cuidaba mucho su mundito, lo limpiaba, lo protegía, regaba sus plantas y flores. También cuidaba especialmente el techo de su casita, ella decía que el techo de donde uno vive es muy importante.

En el vecindario no todos eran como Sofía. Su vecino de enfrente, llamado Hernestino, era un sapo que no cuidaba sus cosas y nada le importaba demasiado, ni su casita, tampoco el techo, ni nada de lo que lo rodeaba. Se la pasaba tirado en el pasto tomando sol. Hernestino observaba siempre todo lo que hacía Sofía, cómo regaba sus plantitas; no terminaba de entender por qué la ranita se tomaba tanto trabajo para mantener su mundo sano, para él todo daba lo mismo.

Cierto día, mientras Sofía sacaba del techo de su casa la basura acumulada, Hernestino se le acercó y le preguntó:

- ¿Oye chica se puede saber por qué trabajas tanto? Digo, tú podrías estar asoleándote y tomando un refresco.
- Si yo no cuido el techito de mi casa, se terminará arruinando y no quiero. El techo es una parte muy importante de la casa de uno.
- Creo que haces mucho. Mejor haz como yo y disfruta!
- Ud. es el que debería hacer como yo ¿no ve lo sucia que está su casa?
- Te haces mucho problema, mejor me voy a tomar otro poquito de sol ¿vienes?
- No gracias, yo me quedo trabajando – dijo Sofía.

Como había dicho, Hernestino se fue a tomar sol y siguió haciéndolo casi todo el día. Ese día empezó a aprender la lección. Tanto estuvo al sol que se quedó dormido, de repente el olor a quemado lo despertó:

- ¡Algo se está quemando aquí! Empezó a decir Hernestino, y cuando se dio cuenta que lo que se quemaba era él, se puso aún más nervioso.

- ¡Llamen a las autoridades soy muy joven para morir! Sofía escuchó los gritos del sapo y salió a socorrerlo. Con el agua apagó el fuego de las patas y Hernestino respiró aliviado.

- Le dije que no tomara tanto sol, el exceso de sol es malo.

- ¡Pues tu sabes que tienes razón chica! Gracias por salvarme.

- Mejor limpie un poco el techo de su casa que buena falta le hace. - Dijo la ranita y se fue.

Sin embargo, Hernestino no le hizo caso, pasaron los días y el techo de su casita cada día era peor, la suciedad y el poco cuidado había empezado a debilitarlo, tanto es así que un pequeño agujero se había formado y cada día que pasaba ese agujero se hacía más grande.

Una noche se desató una fuerte lluvia, por el agujero empezó a entrar agua, y Hernestino gritaba asustado porque no sabía nadar. Sofía se despertó sobresaltada y viendo que otra vez su vecino estaba en problemas fue a ayudarlo. Subió al techo de la casita, retiró la suciedad y reparó los daños. Cuando bajó muy enojada le dijo al sapo:

- ¿Qué no le dije que cuidara de su techo? El techo de nuestro mundo también nos protege y Ud. no cuidó el suyo ¿Vio las consecuencias de no cuidarlo?

- ¡Claro que las veo!

Sofía se fue malhumorada.

Hernestino decidió hacer una fiesta e invitó a todos sus amigotes. Luego de la fiesta el vecindario quedó hecho un basural, era tal la basura tirada, que se taparon cañerías, desagües y algunos pozos. Como no es de extrañar, una vez más Hernestino se metió en problemas. Cayó dentro de uno de los pozos que estaba tapado por la gran cantidad de basura que él y sus amigos habían dejado tirada.

- Empezó a gritar: me he caído, que alguien me ayude, esto huele muy mal.

Todos en el vecindario escucharon los gritos. Árboles, flores, plantas, pajaritos, vecinos y, por supuesto, Sofía.

Como lección, y para que Hernestino aprendiera, decidieron entre todos no sacarlo enseguida del pozo.

Sofía, asomada desde arriba le dijo:

- Reflexiona cómo te has portado.

Allí lo dejaron el tiempo suficiente como para que este sapo descuidado pudiese empezar a pensar en cómo se había comportado hasta ahora.

En medio de ese oscuro pozo lleno de basura y maloliente, todo era muy triste. Hernestino no podía hacer nada más que pensar y taparse la nariz. Cuando miraba hacia arriba y veía el cielo, la luz, el sol, escuchaba el canto de los pajaritos y las voces de sus vecinos, empezó a darse cuenta que afuera existía un mundo. Un mundo lleno de cosas bellas que él había arruinado, un mundo que merecía protección, cariño y cuidado.

Pasó el tiempo, Hernestino salió muy distinto del pozo, ya no era el mismo sapo. Ahora era el primero en cuidar el vecindario. Es más, se ofreció recolectar la basura de todos los vecinos. Hacía su trabajo con un gorrito puesto, protección solar y mucha alegría, mientras se lo escucha decir:

- ¡Qué vaina chico! ¡Cuánta basura tira la gente!

Junior Millán Pérez
Estudiante de primer semestre de Economía
Sede Orinoquia de la UN